

DISCURSO

Discurso pronunciado por el Pbro. Javier Naranjo Villegas, secretario de la Facultad de Derecho, en la tradicional fiesta de camaradas, conmemorativa del aniversario de fundación de la Universidad.

Señores:

Esta Universidad nació bajo el signo implacable del misterio. Su aparición estuvo precedida de lo imposible, y su cortejo, en el momento de la epifanía, fue la duda, y la desconfianza, y la incertidumbre y toda aquella indecisión que va de la mano con la aventura. Fuera del grupo de los fundadores, no se avizoraba sino el azar de una carrera para los egregios estudiantes, y el ridículo para los inmortales comandantes de la rebeldía. Pero dentro, todo era fuego calcinante y visión victoriosa de profetas.

La nueva Universidad emergía en instantes en que su programa era una traición, y su gesto una rebeldía, y su marcha un asalto y sus dianas tenían acentos de conspiración.

Apenas nacida fue recogida en agobiadora pobreza que vino a reforzar al derrotismo circundante. De pies o sentados sobre el suelo los estudiantes devoraban la sabiduría que se derramaba por los labios de los profesores, que nunca faltaban a la cita pactada con el heroísmo. Aquellos setenta y cinco estudiantes comandados por ese glorioso equipo de veinticinco profesores eran, sin embargo, invencibles como los desaparrados luchadores del páramo de Pisba.

La Facultad de Derecho recibió la misión de realizar el milagro: transformar la diminuta simiente en la vigorosa encina a cuya sombra se cobija un nuevo concepto de la patria.

Yo recuerdo que hace quince años, desde los muros caldeados del Seminario, asistíamos como espectadores estremeados al doloroso alumbramiento que más parecía la florescencia de un bosque de amarguras. Hasta ese recinto, ajeno a los afanes transitorios, llegaba el rumor oceánico de

una raza en trance de alumbrar. Yo, por privilegio de la sangre, que es el que explica mi audacia de estos instantes al arrebatarse la palabra a cualquiera de los actores, tuve la opulenta fortuna de seguir paso a paso todas las incidencias que precedieron, acompañaron y siguieron a la obra creadora, cuyo efecto celebra hoy los tres lustros de fulgurante batallar, sin que halla conocido todavía los amargores de una sola derrota.

La Universidad se presentó a la lidia con un nuevo programa de cultura: cuando todo el ambiente resonaba con las estridencias de la "libertad de cátedra", que parece sinónimo de igualdad de derechos para la verdad y la mentira, ella empenachó sus estandartes con el lábaro de la única verdad, la que ha resistido la prueba decantadora de las centurias que han pasado sobre ella como la madurez sobre los frutos, la verdad que no pasa porque fue la modulada por el Maestro cuya estatura inmensa lo mismo se divisa desde los apacibles días del edén como desde nuestro atormentado calendario.

Y nótese que esta definición rotunda de sus caminos la desplegó insolente, sin apelar a los mimetismos, sin esconderse tras la hipocresía, sin agazaparse tras orientaciones escondidas. La Universidad fue rudamente franca desde la misma aurora de sus comienzos.

Esta Universidad, que hacía su primera irrupción ante la vida, juzgó que no es honrado permitir que la juventud naufrague en las travesías del error, y por eso gritó muy en alto que sus cátedras estarían consagradas solamente a la transmisión del pensamiento espiritualista. Aquí se sostiene que la mentira carece de derechos para ser enseñada a la juventud como doctrina; porque así como sería absurdo que en homenaje a la "libertad de cátedra" se enseñara la gravitación del sol al rededor del globo de habitamos, así tampoco es honesto darles a entender a los universitarios que el pensamiento marxista, por ejemplo, es la panacea para los males que hoy acongojan al linaje. Este fue el mérito todavía no suficientemente pesado: que cuando otros claustros vociferaban frenéticamente la "libertad de cátedra" para diluir así la orientación oficial de la docencia, nuestra Universidad pensó que era más varonil y de mayor entereza y de perfecta lealtad decir abiertamente tras de cuáles banderas se había de luchar para que la juventud, que en sus aulas se acogería, empezara por tomar posiciones de carácter.

Y el slogan de "Universidad Confesional" no la hizo

retroceder, ni derogó una sola de las cláusulas de sus programas ni abatió una sola de sus banderas. Es tesis suya que a la juventud que discurre por sus claustros se le debe mostrar honradamente cuáles son las tesis que ella acoge porque en su concepto son las que resisten el raciocinio y se hermanan con la dialéctica más austera. La Universidad sin orientación oficial está invertebrada, su pensamiento es un enigma y así puede ser soporte de un gobierno de bien como de una oprobiosa tiranía.

Esta Universidad trajo también un nuevo horizonte en las relaciones de sus educandos. Cuando ella amaneció, los claustros eran el ágora de enconadas controversias y el campo de ensordecedora algarabía. Pero ella brindó a la juventud un hogar alegre en el que todos convivimos y en el que impera la más noble e hidalga camaradería. La solidaridad de "los bolivarianos" no es otra cosa que la prolongación, fuera de las aulas, de esa varonil amistad que une a todos los hijos de esta misma célula. Por eso en estos claustros el profesor dentro del aula ocupa una jerarquía que a ningún estudiante es dado desconocer sin fundamento, pero fuera de ella es el amigo que retorna al mismo calor de sus años de ayer.

Y para actuar ante la vida esta Universidad infunde en todos los que la integran un concepto de dignidad, de decoro, de carácter, de hidalguía, de nobleza y de franqueza que va siendo la escarapela que invisiblemente ostenta su solapa. El "espíritu bolivariano" es ya una institución nacionalmente conocida, y al que se atreva a pisotearlo se le considera como al soldado que deserta en el campo de la lucha, o que entrega su armamento al adversario o, que vuelve sus espaldas traidoras a quien le dió el espaldarazo que lo armó caballero. Por eso el que tal hace, rehuye su mirada escrutadora.

Y todo esto, señores, lo ha hecho la Universidad a través del milagro de quince años. Tres lustros de incesante lid! Tres lustros de fatiga cotidiana! Tres lustros de asediada por el adversario de su programa! Tres lustros de franqueza! Y hoy todos los organismos de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA parecen un ejército dispuesto en escuadrones. Nace, crece, ora, se agiganta, avanza, cubre la retaguardia, acude a la vanguardia, forma el corazón del niño, acoraza la voluntad del joven, bruñe en la mujer su ingénita bondad, ilumina la inteligencia de los conductores, arranca los secretos en el laboratorio, aumenta las dimensio-

nes de la superficie, abraza al obrero sudcroso, penetra por el misterio de los hilos del fluído, amplía sus bibliotecas, crepita en sus talleres, descuaja nuevas sendas con el estruendo de los insomnes linotipos que van a preparar el avance de sus huestes y cubre toda la acción con el vuelo huracanado.

Esta es la Universidad, señores fundadores, que hace quince años salió de vuestro espíritu en ascuas y que hoy os rinde el parte.

Tiberio de J. Salazar y Herrera, Manuel José Sierra, Juan Evangelista Martínez, Julio E. Botero, Bernardo Echeverri, Manuel Restrepo Jiménez, Manuel Betancur, Francisco Cardona Ramírez, Alcides Grau del Valle: AQUÍ ESTAMOS!